

2010

**Sonia Chocrón. *La virgen del baño turcoy otros cuentos falaces*.
Caracas: Ediciones B, 2007. (5 pp)**

Miguel Gomes

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Gomes, Miguel (Primavera-Otoño 2010) "Sonia Chocrón. *La virgen del baño turcoy otros cuentos falaces*. Caracas: Ediciones B, 2007. (5 pp)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 71, Article 48.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss71/48>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Sonia Chocrón. *La virgen del baño turco y otros cuentos falaces*. Caracas: Ediciones B, 2007. (5 pp.)

El abyecto deterioro de Venezuela es un motivo perseverante de la nueva narrativa en sus transacciones directas o indirectas con el entorno. En el terreno de la novela, los años recientes ofrecen ejemplos destacados: *Nocturama*, *Latidos de Caracas*, *La enfermedad* y *Puntos de sutura*. En el caso de la nouvelle o el cuento también lo prueban *Pies de barro* y relatos incluidos, entre otras colecciones, en *Fractura*, *Indio desnudo*, *Los invencibles*, *Intriga en el Car Wash* y *Cuentos con agujeros*.

La primera impresión que se tiene al examinar las representaciones de lo nacional, en particular de lo urbano, que figuran en esos libros es el de un retorno del “informalismo” que Ángel Rama señaló en Salvador Garmendia, en particular por el abordaje de una realidad sentida como dolorosa o alucinante, a tal punto que se asocia a una especie de “magma” donde reina la confusión: “la confianza no puede depositarse en sus formas, manifestaciones protoplasmáticas. Las criaturas humanas delatan sin cesar sus secretos orígenes: la mucilaginosa materia grasa, el barro chorreante, las materias fecales. Delatan también su destino la pudrición, el detritus, la gusanera” (*Salvador Garmendia y la narrativa informalista*, Caracas: U.C.V., 1975, p. 26 y 123). Las ciudades de pesadilla, las patologías personales extensibles a la sociedad, los horizontes humanos agobiados por la escatología – el mundo como “bola de mierda” (*Latidos de Caracas*) o “cagástrofe” (*Puntos de sutura*) – encuentran últimamente una síntesis conmovedora en la evocación de los deslaves de Vargas de 1999, hecho histórico cuyas consecuencias aún no han podido asimilarse o entenderse del todo, desde el número de víctimas hasta la cuota de responsabilidad del Estado en la prevención de pérdidas o el auxilio de los damnificados.

Indio desnudo, *Los invencibles* y *Pies de barro* han tocado el tema con resultados memorables. A esa lista se agrega ahora *La virgen del baño turco y otros cuentos falaces* de Sonia Chocrón (2007). En este título me detendré para resaltar no solo sus vínculos con el momento actual de nuestras letras, sino cualidades que confirman la solvencia de la autora como cuentista, independientemente de su reconocida carrera de poeta.

Su primer conjunto de cuentos, *Falsas apariencias* (2004), había llamado

la atención por su capacidad de dialogar con los avatares del país sin recaer en fosilizados compromisos, más bien postulando una actitud ante el lenguaje que enjuiciaba los experimentalismos gratuitos y los reorientaba hacia la introspección. El punto de encuentro entre la pasión por el lenguaje y la psicología era la invención de sujetos coherentes cuyos discursos les permitían – feliz o infelizmente, como en la vida misma – relacionarse con el día a día. La violencia caraqueña, los estallidos de crueldad “privada” – en el fondo idéntica a la pública –, la sordidez del narcotráfico o la prostitución eran asuntos privilegiados en esas historias, en las cuales la decadencia individual o social convergía con desajustes verbales cuando el receptor incauto suponía que los signos actuaban como simples transmisores de “verdad”, sin lógica propia.

Esa “falsedad” se retoma en el nuevo libro, y de allí el subtítulo, anafórico en el espacio de la obra de Chocrón. El personaje del doctor Zaidman – que reaparece en diversos relatos, gracias a un recurso balzaciano curiosamente frecuente en Venezuela desde 2004 – lo corrobora, puesto que es cirujano plástico y, por consiguiente, experto en somatizar ficciones. Señal visible de la continuidad también la constituye la remisión a la Señora Hyde, protagonista de un cuento de *Falsas apariencias*, aunque en esta ocasión se opte por un giro de tuerca metanarrativo: un travestido se identifica con el héroe o la heroína y trata de forzar a la autora ficticia a reescribir su historia con un mejor final; la escritora accede solo para vengarse subrayando la impresión que daba el primer personaje de un lazo entre el travestismo y la ilusoria materialidad de un país antes sentido como próspero, democrático y afianzado en la modernidad, pero súbita presa de regresiones económicas, políticas, éticas. La reescritura que se desarrolla en *La virgen del baño turco*, no obstante, hace algo más que enfatizar la alegoría: la deconstruye. El travesti mafioso que amenaza a la escritora acaba imaginariamente en prisión, luego de liquidar – como en la masacre de la plaza Francia de 2002 – a “enemigos opositores” desarmados (p. 81), final feliz que se coloca en un limbo desencantado, irónico – “estaba segura de que el remedio era temporal” (p. 82) –, impidiendo atribuir al personaje autoral la ingenuidad de quienes jamás pensaron, en los años sesenta y setenta, que Venezuela volvería al autoritarismo o la inestabilidad del siglo XIX y la primera mitad del XX.

“Pequeñas venganzas (o el extraño retorno de la Señora Hyde)” hace explícita la índole del imaginario nacional de los demás relatos de *La virgen...*: “Tomé una decisión inusitada”, dice la narradora, “aprovechar la fragilidad de las calles de Caracas. Decidí echar mano del país en el que me había tocado nacer. Decidí usar la miseria en la que nos hemos convertido y con la que convivimos. Decidí usar lo más triste, lo más vil. Y lo hice a sangre fría” (p. 80). La “frialidad”, por una parte, explica la desengañada distancia enunciativa a la que he aludido; la “tristeza” o “vileza”, por otra, es lo que más evidentemente ata el volumen a la escatología con que la nueva narrativa capta la Venezuela actual: “Mañana se acaba el mundo”, exclama un personaje que se apresta a enfrentarse a disturbios que, en efecto, sumergen a la ciudad “en el caos” (pp. 6-7); los francotiradores

acosan a los opositores al régimen y transforman la anatomía de éstos en visión tortuosa: “la bala desmanteló su mandíbula. La bala entró por su malar derecho. La bala le perforó la historia sepia de su vida” (p. 20); finalmente, seres humanos y país se consustancian “formando parte de una misma inmundicia” (p. 121).

Los dos cuentos donde más lacerantemente lo vil y lo triste se concretan son los que se ocupan de los deslaves de 1999, “Retoucherie” y “The Ripper Blues”. En el primer caso, Amanda, víctima de los abusos físicos del marido, de pronto se libera cuando éste muere en “la emergencia nacional del barro y las piedras descomunales”; en el segundo, mujeres damnificadas se dedican a la prostitución amparadas por Durán, dictatorial y verboso chulo de “ojos fango abismal”, con quien continúa el derrumbe incorporado en la subjetividad de las protagonistas. En ambos relatos, lo grotesco y lo monstruoso se adueñan tanto del exterior como del interior de los personajes: “Fue el día en que una vaguada gigante arrastró las casas, la montaña, los habitantes y la carretera, con apetito feroz [...]. Se temía una epidemia porque los cadáveres se habían solidificado en el barro y las moscas ya habían comenzado a merodear [...]. Me entristecía pensar [en la posible muerte de Amanda.] En mi mente pululaban las imágenes de los cuerpos petrificados, vetustos. Los escombros confundidos con enormes piedras vengadoras. El paisaje como una postal de dimensiones jurásicas, desolado, bombardeado” (p. 17). Para las prostitutas brechtianas de “The Ripper Blues” la “capital derruida”, de “calles mugrientas” (pp. 121-2), sigue siendo húmeda, llena de “cañerías” (p. 122) y “cloacas oscuras” (p. 130), como si el deslave del litoral fuese parte de su esencia. No por casualidad, al perecer una de ellas, su amiga percibe que el asesinato se asemeja a la vaguada: “la muerte estaba aún más cerca que el día en que las aguas se lo llevaron todo; más cerca que cuando tuvo que subirse a la azotea de su vivienda. La muerte más cerca y más roja que hubiera sentido alguna vez” (p. 128). Más allá de su contribución a un estilo expresionista, el adjetivo “roja” insinúa, desde luego, claves políticas. El aislamiento en que se deja la remisión, sin embargo, exime la anécdota de diatribas, prevaleciendo una sobria indeterminación.

La condición del país herido no es terminal y hay en estos cuentos del deslave y en otros del libro una dialéctica que depara cuotas discretas de esperanza. En “Retoucherie” la vaguada paradójicamente le permite a Amanda reinventarse: “no volvería a su empleo; pensaba cambiar la montura de sus lentes, hacerse de una máquina de coser propia y confeccionarse un traje de Sherezade, [como una de sus clientas]” (p. 18); es decir, para Amanda sobrevivir equivale a renacer, como si el barro hubiese sido una materia demiúrgica o como si le hubiese enseñado a transformar despojos y ruinas en oro de alquimista. La protagonista del relato, repárese en el detalle, “retoca” piezas de vestir, signos corporales de identidad. “The Ripper Blues”, asimismo, apunta a sutiles milagros que operan en la destrucción: Durán escapa de Venezuela y deja en paz a sus mujeres cuando un tal Jack the Ripper, luego de especializarse

en matar prostitutas, decide cazar hombres. En torno al destripador todo es enigma: “Hubo el rumor de que se trataba de un médico, probablemente un cirujano —por la pericia en sus cortes— que vengaba su reputación en los hombres y mujeres de la vida fácil y la palabra engañosa” (p. 131).

Sea Zaidman o no, ese doctor persigue, con su ansia de justicia o enmienda, una curación. Cirujano, modista: si se piensa bien, no difieren tanto los quehaceres de Jack y Amanda; al menos, coinciden en sugerir por vías arcanas, simbólicas, la inscripción de un deseo en el cuerpo colectivo venezolano, minado de ficciones, apesadumbrado por no distinguir el fin de la noche. Al cirujano y a la modista acaso deba sumarse la voz narrativa, a veces personaje y escritora: los tres constituyen figuraciones de un mismo sujeto anhelante, que procura con instrumentos casi intercambiables – bisturí, aguja y pluma, más una reserva de ánimo – acabar con las mentiras.

Miguel Gomes

The University of Connecticut-Storrs